

Prólogo

Concepción Gimeno (1850-1919) llegó a mi vida de manera inesperada. En 1980 buscaba tema para mi tesis en Teología cuando, camino del Ateneo de Madrid, me detuve en una librería de libros antiguos en la calle del Prado, la misma del Ateneo. Mirando títulos leí *Evangelios de la mujer*. Tomé el libro por curiosidad, ya que la palabra «evangelios» tenía que ver con la teología y, unida a la palabra «mujer», respondía a mis expectativas, porque el feminismo ya había acampado en mi pensamiento y en mi vida.

La sorpresa fue comprobar lo que la autora, para mí desconocida, decía: la «buena noticia» (evangelio) para las mujeres que la leían es el feminismo. Estaba editado en 1900. No dudé en comprarlo y empecé a buscar cualquier hilo del que tirar para conocer a Concepción Gimeno.

La Biblioteca Nacional sació una parte muy importante de mi curiosidad. Todavía se podían tocar las páginas de las grandes revistas, como *El Álbum Ibero-Americano*, e incluso fotocopiar libros y artículos. Así, poco a poco recopilé todo el material que logré encontrar sobre ella. Viajé a Alcañiz (Teruel), lugar accidental de su nacimiento, y a Zaragoza, donde estudió, para descubrir sus huellas.

Años más tarde, en el contexto del Seminario «La Querrela de las Mujeres», de la Universidad Complutense, dirigido por Cristina Segura Graiño, volvió a aparecer Concepción Gimeno, acompañada de una gran discusión en torno a su «feminismo» y si podíamos incorporarla a esta genealogía.

Fue entonces cuando volví a retomar los papeles olvidados en un cajón y, con el ánimo y la ayuda de Pilar Díaz, Josemi Lorenzo y Ana Vargas, me propuse escribir una biografía de Concepción Gimeno de Flaquer, consciente de los límites que iban a impedir tratar algunos temas de manera monográfica, que serán para otra obra.

Para escribir una biografía me dejé asesorar por algunos libros de este género literario, pero, sobre todo, por la larga conversación y muy sugerente que pude mantener con la Dra. Anna Caballé Masforroll, profesora de Literatura Española y responsable de la Unidad de Estudios Biográficos de la Universidad de Barcelona, que me orientó de manera decisiva en mi «labor de detective», como ella la llamó.

La vida de Concha me ha resultado apasionante. Mientras leía y estudiaba sus obras, unas veces me sentía identificada con ella, otras me distanciaba. En ocasiones, la lectura de algunos de sus textos se me hacía empalagosa e insoportable; encontraba afirmaciones o sentencias que me desconcertaban; otras, reconocía su lucidez y originalidad. Era un ir y venir desde su tiempo al momento presente, con muchas coincidencias y no pocos desencuentros.

La Concepción Gimeno que encontré al lado del Ateneo, donde tantas y tan lúcidas conferencias había pronunciado, resultó ser una mujer con conciencia de su sexo, y de las limitaciones que le imponía la sociedad patriarcal. Desde una situación económica privilegiada, hizo que sus bienes, su tiempo y sus intereses los dirigiera a reivindicar la igualdad con el hombre, primero a nivel intelectual y más tarde en lo tocante a derechos.

Cultivó varios géneros literarios con diferente fortuna. Escribió novelas, a decir verdad, mediocres, así como cuentos, uno de los géneros literarios que, junto con la poesía, les estaba permitido a las mujeres. Pero ella no se contentó y escribió diecisiete ensayos con reflexiones sobre la situación de «esclavitud» en que el hombre quiere mantener a la mujer, y utilizó un discurso hiriente y agresivo para denunciar los subterfugios, que para tal afán, utilizan los del «sexo feo».

Como periodista, Concha no se contentó con escribir para otros, sino que desde los 23 años y todavía soltera se hizo empresaria. Fundó tres periódicos de su propiedad a lo largo de su vida y compartió la dirección con su esposo, Francisco de Paula Flaquer. Sus páginas son el reflejo de los intereses del matrimonio: ser promotores e intermediadores culturales entre las dos orillas del Atlántico; dar a conocer a las mujeres que empiezan a destacar en cualquier ámbito: literario, científico, bellas artes, etc.; defender los derechos de las mujeres como el acceso igualitario a la educación, al trabajo digno y con igual remuneración que el hombre, la maternidad consciente (higienismo) y, en los últimos años, el derecho al voto.

Podemos reconstruir a través de sus escritos una genealogía femenina y feminista con las aportaciones de nuestras antepasadas, muchas tan olvidadas como ella. Siempre hay un reconocimiento, en igualdad, de los méritos de las demás para hacer un ejercicio de re-memoria pasada y presente.

Aunque *sororidad* es una palabra usada por el feminismo contemporáneo, gracias a mujeres que, como Concha, la pusieron en práctica, hoy podemos transitar por ese camino de igualdad y relación paritaria entre mujeres. Ella busca alianzas con otras mujeres, propicia su confianza, les reconoce su autoridad y les da su apoyo, ofreciendo sus tertulias para darse a conocer, escribiendo en sus revistas o acudiendo a sus invitaciones.

Como intrépida viajera, a pesar de su quebrantada salud desde joven, recorre el continente americano desde México hasta Buenos Aires. Busca relaciones y apoyos para contribuir con acciones específicas a la eliminación social de todas las formas

de opresión. Cada relación que establece se convierte en un eslabón para encontrarse con otras mujeres. Por eso recibe numerosas invitaciones y, gracias a ellas, recorre doce países latinoamericanos de la mano de asociaciones feministas y a través de los contactos con las logias masónicas. Es llamativa su postura de reconocimiento y defensa de derechos de las comunidades indígenas, así como el estudio que sobre ellas realiza, valorando lo avanzado de su cultura.

Es una mujer adinerada, pero no pertenece a la nobleza; sin embargo, sus relaciones con ella y con la Casa Real son fluidas y constantes. También los presidentes de las distintas repúblicas latinoamericanas que visita han sido objeto de biografías y retratos en sus publicaciones. Sabe relacionarse con el poder político valorando lo que agrada a los hombres y ocultando, muchas veces, sus actitudes dictatoriales.

Aquí demuestra Concha su realismo. Sabe que solo será escuchada en sus vindicaciones si es «posibilista» en sus afirmaciones. Un caso patente es su catolicismo, que sin dejar de afirmarlo, busca siempre las citas de los prelados más aperturistas del momento, y oculta el antifeminismo clerical con quien nunca polemiza.

He mantenido la grafía «J» o «G» en las citas textuales, aunque ella siempre utilizaba la que consta en su partida de nacimiento: Gimeno. Cuando se casa une el «de» Flaquer, tan en uso hasta el final del franquismo, pero nunca dejó de aparecer con su nombre propio porque Concha siempre tuvo monedero, habitación y vida propia. En los espacios públicos nunca aparece como «señora de» o «acompañando a su marido», expresiones comunes para denominar a las mujeres casadas.

Concha representa, en mi opinión, el eslabón perdido de una católica marginada por defender el feminismo y de una feminista olvidada por ser católica.

Este libro quiere ser un ejercicio de memoria histórica para recuperar a una antepasada que transitó por el difícil camino de la libertad personal, dio a conocer a sus predecesoras y estuvo atenta a las necesidades de sus contemporáneas, luchando con la palabra contra el poder patriarcal.